

BIENVENIDOS A ... OREL, CIUDAD DE LOS MUSEOS

En el año 1566 en las tierras rusas fronterizas por orden de Iván el Terrible se construyó una fortaleza para proteger el sur de Moscovia de las incursiones de los tártaros de Crimea. Se trataba de un importante enclave estratégico por su localización sobre un amplio promontorio entre los ríos Oka y Orel (que significa “águila”, el río Órlik en la actualidad). Es precisamente este río el que da nombre a la ciudad de Orel. Una leyenda local asegura, por el contrario, que la ciudad tomó su nombre de un águila que salió volando de un roble cuando el zar estaba recorriendo estas tierras, buscando un sitio adecuado para la construcción de una ciudadela que pronto pasó a convertirse en un molesto testimonio de la amenaza foránea. Desde entonces Orel pasó por muchas vicisitudes: la intervención polaco-lituana, la guerra civil —que se llevó por delante muchísimas vidas humanas— y la ocupación nazi. En época de paz, Orel era y sigue siendo una típica ciudad rusa, situada a unos 360 km de la capital de Rusia. Sus primeros pobladores eran descendientes de los *vyatichi*, una tribu eslava oriental que llegó a estas tierras en el siglo VIII procedente del Dniéper medio. Al igual que ocurrió con otras tribus eslavas, los *vyatichi* se caracterizaban por su amor a la libertad y la independencia. El territorio que ocupaban abarcaba la cuenca alta y media del Oka. Los agricultores, cazadores y pastores que habitaban la zona, comerciaban con el mundo árabe y el Imperio Bizantino, y surcaban los ríos Oka y el Volga hasta llegar al Mar Caspio y comerciaban con pieles de ardillas, garduñas, martas y otros animales propios de la zona. En el Museo de Historia Local se conservan piezas y utensilios de la época: objetos de talleres metalúrgicos, de artesanía, herrería, cerrajería, cerámica y orfebrería. Los *vyatichi*, que adoraban a dioses paganos, mostraron su resistencia a la política del poder centralizado que pretendía no solo someterles a su dominio, sino también convertirlos al cristianismo, como a sus vecinos *severianos*, *krívihs* y *dulebos*. Tal vez por ello algunos de los antiguos ritos y ceremonias de origen pagano que practicaban los *vyatichi* perviven en la provincia de Orel, auténtico foco de cultura popular transmisora de los valores del sincretismo religioso, heredera de un diverso, variopinto y rico legado: literatura oral, danzas y artesanía, que se representan y exponen en los festivales folclóricos y romerías populares.

Sobre la base del dialecto de Orel, junto con los dialectos del Norte de Rusia y de Moscú, se consolidaron las normas de la lengua literaria rusa. Tal vez gracias a la riqueza del habla popular de Orel salieron de esta comarca grandes clásicos de la literatura rusa de los siglos XIX -XX. Según el escritor Nikolai Leskov “Orel dio de beber de sus aguas a más escritores que ninguna otra ciudad rusa”. Por lo tanto, no es casualidad que sea Orel la sede de seis museos literarios, todo un lujo para una capital de provincia. El Museo Estatal de Iván Turguénev, la Casa natal de Nikolai Leskov, el Museo del Premio Nobel Iván Bunin (con su despacho trasladado desde París), el Museo de Leonid Andréiev, así como la casa *Granovski* y el “Museo de los escritores de Orel” (Boris Zaitsev, Mijaíl Prishvin, Marco Vovchók y Elena Blaguínina entre otros), están abiertos al público no sólo para curiosos interesados en la vida y obra de los mencionados escritores, sino también para el estudio de su herencia biográfica y literaria. No en vano los archivos y bibliotecas de los museos atraen a especialistas de todo

el mundo. Recientemente, gracias a entusiastas como Alexandr Agarkov, a esta ya de por sí importantísima red de museos se incorporó el Museo de Sergei Yesenin.

El centro de la ciudad es por su belleza todo un museo. La calle favorita de los ciudadanos es la que conduce a un pintoresco rincón conocido como “La casa de los hidalgos”, en homenaje a una de las novelas de Turguéniev y constituye un auténtico foco de atracción turística. Los edificios de piedra que integran la calle forman un extraordinario conjunto arquitectónico del que destaca por su relación con la obra de Iván Turguéniev la Casa de Liza Kalitina. Al salir a la alta ribera del Oka, disfrutamos de un bello parque cuyo romántico mirador ofrece espléndidas vistas panorámicas de la ciudad. En la época de Turguéniev los ríos frecuentemente se desbordaban en primavera, lo que convertía a la ciudad en una pequeña Venecia de madera. Ello hace que todos sus gobernadores hayan reflexionado históricamente sobre la necesidad de construir puentes. Descendiendo por uno de ellos, construido ya en nuestros días con el diseño de un puente “colgante”, se puede acceder desde el centro a otro rincón histórico del viejo Orel, la *Pushkárnyaya Sloboda*, o el emblemático Arrabal de los Cañoneros, donde nació y creció Leonid Andréiev. Conocido no solo en su país sino en todo Occidente y muy especialmente en la lejana España, Andréiev fue el escritor y dramaturgo más prolífico y popular de los principios del siglo XX. La *Pushkárnyaya*, con su caserío de madera, inmerso en verano en la olorosa sombra de los jardines en flor fue su pequeño reino, con el repique diario del campanario de la iglesia de Arcángel San Miguel y el ladrido de los perros. Ese “viejo idilio patriarcal” lo tuvo que abandonar Andréiev para conquistar las grandes capitales para mucho después crear un hogar en el norte del país en la frontera con Finlandia. Su corazón, a pesar de todo, siempre estuvo en Orel. Allí se vivía bien, al calor de la chimenea, tomando el té de un humeante samovar, oyendo por la mañana del canto de un canario y por las tardes escuchando la música de las veladas que les gustaba organizar a los dueños... Así fue la casa de la infancia de Leonid Andréiev construida por su padre y convertida ahora en casa-museo, con sus ventanas de madera tallada y un amplio jardín a las espaldas. De sábado a jueves está abierta a los investigadores y admiradores de su talento, y en agosto, el día en que cumple años el escritor, todos aquellos que lo deseen pueden disfrutar de una exquisita merienda y disfrutar de una alegre velada literaria.

El patrimonio literario lo constituyen asimismo las imágenes escultóricas. Los trabajos de destacados maestros dedicados a los grandes clásicos de la literatura rusa que crecieron y vivieron aquí como Iván Turgenev, Nikolái Leskóv o Iván Bunin, forman parte de la identidad artística y literaria de Orel. Pocas obras maestras hay en el mundo como la escultura que representa al escritor Nikolai Leskov, rodeado de algunos de los personajes de sus obras: “El zurdo” personaje de la obra “Relato sobre el zurdo bizco de Tula y la pulga de acero”, artesano que a petición de Nicolás I fue capaz de confeccionar una herradura para una pulga mecánica que habían inventado los ingleses, “el peluquero por la gracia de Dios” y la famosa “Lady Macbeth” de la región de Mtsensk.

Tampoco hay que olvidar a sus distinguidos científicos. En la serena calle “El 7 de noviembre”, (Antigua *Vvedenskaya*), está situada la Casa del historiador Timofey Granovski con una exposición permanente que arroja luz sobre la evolución de la opinión pública y el movimiento social en la Rusia del siglo XIX. De especial interés en este museo son las secciones que hablan de Piotr Kireevsky y Pavel Yakushkin, primeros compiladores profe-

sionales del arte popular y editores de los cancioneros tradicionales. En las salas se exponen obras de artistas populares contemporáneos: pinturas y objetos de madera, juguetes de arcilla, bordados y encajes, cerámica artística. Toda una explosión de arte.

A principios del siglo pasado en Orel se creó el museo de Vladimir Rusánov, destacado explorador del Ártico. Fue uno de los primeros científicos rusos en hacer el recorrido de las islas meridionales (1911) y septentrionales (1910) del archipiélago de Nueva Zembla y establecer nuevas líneas de investigación en el estudio de las regiones fronterizas polares de Rusia. En sus obras Vladimir Rusánov mostró científicamente las dificultades de exploración de la Ruta Marítima del Norte. En 1912, una vez finalizada su campaña científica en el archipiélago de Svalbard, tras haber descubierto unos 28 asentamientos de carbón en sus territorios y conseguir el derecho a explotarlos, Rusánov dirigió el buque “Hércules” hacia las vastas extensiones del este del Ártico, donde desapareció con toda su tripulación. Durante muchos años la suerte del grupo de once participantes se convirtió en uno de los misterios sin resolver del Ártico. Varios de los intentos de búsqueda de la mencionada expedición que se llevaron a cabo durante la primera mitad del siglo XX resultaron fallidos. El océano Glacial sabe guardar sus secretos. En los años 70 las búsquedas se reanudaron gracias al periódico “Komsomolskaya Pravda” y al proyecto “Camino de los exploradores de las nuevas tierras” llevado a cabo por el Club de viajeros de la ciudad de Orel. El resultado fue la localización de numerosos objetos pertenecientes a los miembros integrantes de la expedición, en el último refugio de la expedición en la región de la península de Taimir, aún no se ha podido determinar todavía dónde murió.

En Orel hay numerosos museos y muestra de ello es que gracias al esfuerzo del profesor universitario Valentín Kostin, ferviente admirador de Mijail Bajtín en septiembre de 2005 se fundó el Museo de Bajtín, que alberga sus objetos personales y sus obras. El museo no solo organiza exposiciones variadas, sino también se dedica a la promoción y divulgación científica y pedagógica del legado bajtiniano.

Los gobernadores de Orel para mejorar el aspecto de su ciudad hacían parques y jardines. ¡Qué melancolía reina en estos lugares en otoño, cuando el abedul y el arce dejan caer las hojas amarillas en los bulevares, y en invierno sus copas nevadas lo convierten todo en un bosque encantado. Tal vez por eso Orel es la ciudad de los artistas, que exponen sus obras en el Museo de las Bellas Artes y en numerosas exposiciones, demostrando la diversidad de estilos y tendencias pictóricas.

Pero no solo los museos literarios, históricos y exposiciones atraen a los turistas. También hay que destacar el aspecto arquitectónico que tiene Orel. Antes de la revolución era un importante centro de mercado de grano, allí fundían campanas y se fabricaba cáñamo. A partir de la llegada del gobierno soviético sus habitantes ya no solo se dedicaban a la artesanía, confección de ropa y zapatos, sino también a la producción de electrodomésticos u otros aparatos, al igual que a la fabricación de la maquinaria agrícola y vial de acero laminado. No obstante, nunca ha tenido industrias peligrosas, siendo ciudad de mucho comercio y devoción, un foco de espiritualidad potenciado por la iglesia cristiana. En la época de los zares Orel era famosa por las mansiones de los aristócratas y mercaderes de diseño intrincado y edificios de culto ortodoxo, pero después de la revolución de 1917, fue víctima de la política antireligiosa. Algunas iglesias fueron derrumbadas, otras reutilizadas, el mismo destino tuvieron la iglesia católica y luterana y la sinagoga. En el recinto de muchas iglesias

ortodoxas hasta hace poco había un teatro de títeres, panadería y almacenes, lo que motivaba que se encontraran en mal estado, perdiendo su antiguo esplendor, pero a finales de los años 80 del siglo pasado comenzó su restauración. Cada uno de los templos recuperados tiene su encanto: la iglesia *Smolenskaya*, la de la Epifanía del Señor o la del Santo Profeta Elías son elementos patrimoniales con los que cuenta actualmente la ciudad. Elevándose sobre los bajos tejados de las casas de madera y piedra, parecen una personificación de la Santa Rusia.

En algunas de ellas se celebran misas acompañadas por una extraordinaria música coral. Por contraposición a estos monumentos religiosos algunas plazas de la ciudad siguen estando presididas por algunos líderes del viejo régimen ateo eternizados en piedra.

Los ecos de la ciudad histórica no dejan recuperar totalmente las trágicas páginas de la guerra de 1941 contra el fascismo alemán. Durante los combates por su liberación, Orel fue prácticamente destruida. No obstante, aún se conservan edificios antiguos que han sobrevivido al desastre de la guerra para adornar hoy en día las calles de la ciudad, como el Teatro del Joven Espectador (antiguo Parlamento), la casa del comerciante Serebryannikov, una magnífica mansión al estilo nacional construida en la zona ribereña del río Órlik, edificio que ahora alberga el Banco Central de Rusia. Al igual que en los tiempos del mercader Kaláshnikov, siguen funcionando las *Cuadras de comercio* del siglo XIX, donde nunca falta gente. Gracias al esfuerzo de los arquitectos y restauradores Orel no se ha perdido la imagen de una ciudad de comerciantes y hombres de negocios y ha sido posible la recuperación de una parte de su legado histórico. De los tiempos de desolación y ruina solo quedan como recuerdo las viejas fotos y monumentos, como, por ejemplo, el tanque en el Parque de los tanquistas o el diorama “La campaña militar ofensiva en las orillas del río Zusha” que representa uno de los episodios clave de la batalla de Kursk, obra del pintor Andréi Kurnakov.

Orel puede sentirse orgullosa asimismo de los centros de educación superior: la Universidad Estatal de Orel y las Universidades Técnica, Agrícola, Jurídica y el Instituto de Cultura entre otros.

¡Bienvenidos a Orel, a hacer el recorrido en un pequeño tranvía para ver sus arcanos, o a dar un paseo por la calle *Boljovakáya*, bajando de este centro neurálgico urbano a la periferia! Disfruta de la serenidad de esta mágica ciudad de la llanura rusa, bella en todas y cada una de las estaciones del año, pero con un colorido especial durante la primavera tardía, cuando brillan los tulipanes, cantan los gorriones en enramados, el sol se refleja en las doradas cúpulas de las iglesias y en espaciosos muelles bajo la sombra de seculares tilos juegan los niños.

NATALIA ARSÉNTIEVA
Universidad de Granada
ars_nat@hotmail.com